



MARIO PROSCRITO SOBRE LAS RUINAS DE CARTAGO

Estado. tip. de T. A. Muñoz

### CAPÍTULO III

Intervencion de los ejércitos en las discordias civiles.—Sila en el ejército y Mario en Minturnas.—Sila en Grecia.—Mario en Italia.—Furores de Mario en Roma.—Muerte de Mario.—Victorias de Sila en Asia.—Vuelta de Sila á Roma.—Derrota del partido de Mario.—Proscripcion de Sila.—Dictadura de Sila.—Leyes de Sila.—Reforma aristocrática.—Abdicacion de Sila.—Su muerte.

Las discordias interiores duraron largo tiempo. La república se discute en los campos; Mario ensayó en ellos la democracia; la aristocracia extiende sus alas con la proteccion de Sila. El foro no es más que un campo de batalla donde se disputan ambos derechos.

Mario, para llegar al consulado, se apoyó, aunque en vano, en el tribuno Sulpicio (89); Sila casó con la hija de Metelo, y fué elegido cónsul. Hubo una reaccion, pero Sulpicio no habia sido batido; resolvió jugar el papel de Saturnino, al que solamente reprochaba de haber sido muy tímido y muy tarde. Se rodeó de tres mil satélites y de seis mil caballeros, y quiso falsear la constitucion de las treinta y cinco tribus dando á Mario el título de procónsul. Los cónsules retardaban los comicios, y el hijo de uno de ellos fué muerto: Sila sintió la punta de las espadas sobre su pecho. Tal era la legalidad de este tiempo.

Los dos cónsules fueron tumultuariamente separados de sus cargos. Llamaron al ejército de Nola: Sila arrastró á sus antiguos soldados, y viósele con una antorcha en la mano amenazar con el incendio de las casas, desde donde se arrojaban piedras y tejas sobre sus tropas. El tribuno pereció, y se ató su cabeza á las rostras. El viejo Mario, embarcándose dos veces, dos veces rechazado á tierra, sorprendido

en los fangosos pantanos de Minturnes, hizo retroceder con una mirada al cimbrío encargado de darle muerte. Este soldado extranjero no se atrevió á matar á Mario; el licitor no se atrevió á detenerle ni aun en África cuando le vió sentado sobre las ruinas de Cartago (38) (1).

En Roma cambió el espíritu. Cinna fué designado para el consulado, y Sila, queriendo hacerse popular fuera de propósito, no impidió esta eleccion. Se asesinó á Q. Pompeyo, amigo de Sila: Sila no salió ya sin escolta, y partió contra Mitrídates.

La Grecia estaba perdida y fué reconquistada. Solamente Atenas se preparó á la resistencia con Arquelao y Aristion. Contáronse prodigios; y entre ellos, que Apolo habia hecho resonar su lira en favor de la ciudad de las Musas. Más segura defensa era la bravura de Arquelao; pero el romano, largo tiempo rechazado, pudo al fin vengarse de las burlas de los atenienses. Estos habian osado compararle, con sus ojos tiernos, sus cabellos rojos y su tez manchada de blanco, á una fruta madura salpicada de harina. Sila les redujo desde un principio por el hambre, hasta el extremo de que ninguno tenia ya ni aun fuerza para huir. Entonces, salvando los seis recintos, entró en la

(1) Apiano, Lucano, *Pharsalia*.



ciudad; la sangre corrió á torrentes. Despues hizo el elogio de los antiguos atenienses; pero tomó la ciudadela y mató á Aristion (87). Arquelao, que pedia conservar el inexpugnable puesto de Muniquia, se fué á Macedonia á reunirse con otro lugarteniente del rey del Ponto.

Cerca de Queronea, Sila no debió quizá la victoria más que á la traicion de este mismo Arquelao. Por lo ménos, un nuevo general del rey del Ponto descorria el velo de esta infamia, y más tarde el lugarteniente de Mitridates recibió en Eubea una magnífica granja, con el título de aliado de la república.

Otro combate fué todavía más indeciso en Orcomenes; los legionarios huian, y su jefe, cogiendo en sus manos una bandera, exclamó: «¡Soldados, yo quiero morir aquí! Si os preguntan en dónde habeis hecho traicion á Sila, responded que peleaba en Orcomenes» (86) (1). Y se detuvieron.

Sila, triunfante en Grecia, era, sin embargo, vencido á su espalda en Roma.

El cónsul Octavio habia arrojado á su sedicioso colega Cinna (87); del mismo modo que Sila habia acudido al ejército de Nola, Cinna corrió al ejército de Capua, destrozó sus vestidos, se echó á rodar por tierra lleno de desesperacion, y se hizo rendir los fasces. Al punto Mario desembarcó en Italia; *irritado contra los hombres y los dioses*, rehusa las insignias consulares y marcha contra la ciudad con Cinna, Sertorio y Carbon, á la cabeza de una tropa de labradores y de pastores de la Etruria; sus mismos partidarios, Cinna y Sertorio, habian vacilado en llamarle.

Deteniéndose un instante á las puertas, pidió por burla un decreto de llamamiento; pero no esperó á que fuese pronunciado para entrar y asesinar. El suegro de Sila, Metelo, habia salido de la ciudad. Octavio, fiel hasta el fin á su carácter, rehusó, áun para defenderse, dar libertad á los esclavos, y fiándose en las predicciones de las sibilas y en los augures caldeos, se dejó dar muerte sobre su silla curul. Se degollaba á la menor señal hecha por la mano del vencedor; la cabeza de Marco Antonio fué

(1) Apiano, *Guerras de Mitridates*; Plutarco, *Sila*.

atada á la tribuna; Catulo pagó con su vida su victoria sobre los cimbrios y la envidia de su antiguo colega. Cuatro mil esclavos formados en regimientos llevaban el fuego y el puñal á las casas.

En fin, en medio de esta escena, el viejo Mario murió. Era el dia diez y siete de su sétimo consulado; ébrio de desórdenes y de vino, delirante de gloria y de miedo en su fiebre, se creia vencedor de Mitridates (86), y temblaba al oír el nombre de Sila (1).

Las matanzas se redoblaron con su hijo. Toda idea de justicia habia desaparecido. Un hombre de la faccion, Fimbria, acusa á Escévola de que habia tratado de asesinar; se pregunta cuál es el crimen de Escévola, y el acusador, furioso, responde: «¡El no haber recibido mi espada completamente en el cuerpo!» Hé aquí al que se enviaba de Roma contra Mitridates y Sila (85).

Le fué impuesto un cónsul, superior de nombre, si no de hecho; Fimbria no quiso serlo de él, arrojó la cabeza de su cónsul en el Bósforo, pasó al Asia y sitió en Pitánes al rey del Ponto, á quien un lugarteniente de Sila dejó escapar á traves de su flota. Sila avanzó por el Helesponto, amenazando todo el mundo; y como el rey del Ponto se quejase de las duras condiciones que le imponia, le respondió el procónsul: «Os dejo la mano que ha firmado la muerte de tantos romanos.» Viendo Mitridates á los galo-griegos sublevados, el peligro que corria su vida en medio de tantas conspiraciones, y atacada su dominacion por todos lados, entró en tratos con Sila. Éste le retiró de su reino, restableció á Nicomédes y á Ariobarzanes, y condujo inmediatamente á sus órdenes á las dos legiones de Fimbria, que se suicidó (84). Concediendo el vencedor por su propia autoridad la alianza romana á los de Lidia, de Ródas, de Chío y de Magnesia, habló al Asia desde lo alto de su tribunal de Éfeso, le echó en cara su ingratitude, y la arruinó por un impuesto de veinte mil talentos, por exacciones militares, por los impuestos forzosos. Los piratas licenciados por Mitridates aparecian

(1) Plutarco, *Mario*; Apiano, *Guerras civiles*.



ya sobre las costas y elevaban á su colmo los sufrimientos. La conquista romana no era en vano una venganza divina (1).

Triunfante por este lado, el antiguo rival de Mario se decia siempre el representante de la república; por la derrota del rey del Ponto, habia vencido la democracia en la ciudad, y anunció su regreso á Roma.

La resistencia de Italia no podia tener gran éxito contra el ejército que regresaba á ella. El terror de las venganzas armó, sin embargo, á cerca de doscientos mil hombres; pero estos soldados asesinaron á uno de sus cónsules y abandonaron al otro. Sertorio se retiró á España (2).

El jóven caballero Pompeyo sublevó tres legiones contra el partido de Mario, y se abrió paso á traves de tres ejércitos, hasta Sila, que se descubrió y se levantó ante el jóven «emperador.» Craso, envidioso de Pompeyo, pidió un mando y tropas: «Yo te doy por escolta, le dijo Sila, á tu padre y á tu familia asesinados.» En efecto, Craso llamó á los suyos, tuvo tambien su cuerpo de ejército, y llegó á tener tanta gloria como Pompeyo (83). En el momento, sin embargo, en que Sila entraba en Roma, una tentativa italiana levantó un instante el partido de Mario; uno de los héroes de la guerra social, Poncio Telesino, y setenta mil hombres, sorprendieron á los vencedores y fueron de repente á acampar cerca de la puerta Colina. Despues de una batalla sangrienta se decidió la victoria por el águila de Craso, y fueron llevadas al «afortunado» Sila las cabezas de sus enemigos (83).

La reaccion debia ser sangrienta. Sila hablabá al Senado en el templo de Belona, cuando le interrumpieron terribles gritos; continuó pacíficamente su discurso diciendo que se castigaban algunos culpables, y seis mil prisioneros fueron asesinados en el Hipódromo.

Despues se sucedió otro orden de crueldades.

(1) Apiano; Plutarco, *Vida de Sila*.

(2) No habia tenido participacion en los horrosos crímenes de la victoria democrática, y áun, de acuerdo con Cinna, habia contenido las crueles matanzas que cometian los esclavos regimentados, degollando á estas bandas de asesinos. (Plutarco, *Sertorio*.)

des; Sila, el primero, proscribió; decretó recompensas á los denunciadores é hizo fijar sus «listas» funestas, en las cuales se ejercian las venganzas particulares bajo el velo de la venganza pública. En ellas se inscribieron á dos mil seiscientos caballeros y más de ochenta senadores. Tambien se mezcló la codicia, independientemente del espíritu de partido, y los ricos fueron incluidos en estas proscripciones con sus bienes, unos por su ciudad, otros por sus baños y sus pórticos. No se dejó de asesinar «hasta que Sila colmó de riquezas á todos sus partidarios.» El patricio Catilina, que ya habia asesinado á su hermano, se hacia notar entre los sicarios; persiguió á los proscritos en Italia, y Pompeyo fuera de Italia. Los dos querian «que únicamente se publicasen las leyes para las gentes que llevaban espada» (1). Colonias silanias ocuparon todo el país; el despotismo se apoyó militarmente sobre estos veteranos, dueños del suelo, y sus usurpaciones parciales debieron sostener siempre el poder de su general.

Sila era señor soberano (82). Quiso que se nombrase un dictador perpétuo para hacer reinar el órden, y cuando se trató de designar esta honrosa mision, declaró que «él desempeñaria gratuitamente este servicio á la república.» Tomando sus veinticuatro lictores, dejó elegir bajo sus órdenes cónsules y dió sus leyes (81-80).

Es necesario confesarlo: Sila establecia la administracion sobre principios rígidos y reformaba muchos abusos. Arreglaba la admision á los cargos é imponia límites á la ambicion; disponia que el candidato no llegase al consulado sino despues de haber pasado por la pretura y la cuestura, y una vez que cesase en el cargo, no podia volver á tomar los haces consulares sino despues de diez años. Los pretores tuvieron que sujetarse en adelante á su edicto, durante todo el tiempo de su magistratura; los tribunos perdieron el derecho de rogacion, de llamamiento, de arengas; y de este modo fué destruido el tribunal. La asociacion se encontró tambien restablecida para el

(1) Plutarco, *Vidas de Sila y de Pompeyo*.



sacerdocio; se devolvieron los juicios á los senadores; los italianos perdieron todos sus privilegios. Todo esto era una verdadera revolucion.

¿Con qué derecho Sila reformaba así la república? En virtud del derecho de la fuerza: no tenía otro. Mató á su propio lugarteniente, Ofella, por haber pedido el consulado á pesar de su oposicion, y no concedió sino con pena esta gracia al jóven César, en el cual entreveía muchos Marios.

No hay que creer, sin embargo, que todo fuese personal en la política de Sila; lo que le distinguió fué un profundo desden hácia la humanidad y hácia Roma. Su ambicion no era una simple necesidad de mando y de honores como en Mario, y, despues de todo, trabajó ménos por él que por sus principios. La dictadura no era más que un medio; su gloria era disponer del Estado. Teniéndole entre sus manos, quiso arreglarle á su voluntad y restablecer la república con el régimen aristocrático. Si creyó asegurar una verdadera duracion á sus leyes, se engañó; no depende del genio de un hombre, por poderoso que sea, rehacer una sociedad, ni de su única voluntad establecer por largo tiempo una constitucion.

Cuando llegó el año 79 y la época de los comicios, grande fué la admiracion; Sila envió sus lictores y sus guardias y depuso solemnemente la dictadura. En seguida se le vió pasear con calma en el Foro, en medio de la multitud: habia quizá más orgullo en obrar así que en conservar la autoridad suprema. Sea de ello lo que quiera, al retirarse á su casa le insultó un jóven, y dijo tranquilamente: «Este adolescente va á hacer que nadie, en adelante, abdique ya tal magistratura.»

En cuanto á él, seguro en caso de necesidad de sus colonias, de sus legionarios, de su senado, en donde habia hecho entrar trescientos de sus veteranos, el hijo de Vénus y de la Fortuna no se ocupó ya más que en los festines que daba al pueblo y en sus propios desórdenes, aunque una horrorosa enfermedad le arrebató la vida (77).

Una ceremonia completamente real siguió á su muerte: en medio de un cortejo de vestales,

de pontífices, de senadores y de legiones que desfilaban al sonido de las trompetas, los Padres más róbustos cargaron sobre sus hombros el cuerpo y el lecho fúnebre y le colocaron sobre la pira rodeada de hachas y de haces. Apareció el fuego entre los trofeos, y el afortunado Sila se redujo en un momento á un poco de ceniza (1).

Si nos remontamos á la época en que el primer Escipion anunciaba á Roma, esquilada por la segunda guerra púnica, su gloriosa victoria de Zama, vemos que el poder romano extenuado habia presenciado hasta en Italia varias defecciones; y si no habia habido durante estas crueles hostilidades desunion en la ciudad, no era extraño en vista de la debilidad universal. Ciertamente, las cosas avanzaron increíblemente desde esta época y en el espacio de poco más de un siglo. La Providencia imprimió al genio conquistador de Roma un prodigioso impulso; tomó su vuelo, hirió, trastornó, destruyó todo en su rededor sin piedad y sin resistencia; las naciones reconocian, y Roma lo sabia tambien, que le habia sido dada la fuerza para castigar. Y así cumplió con una admirable rapidez, con una singular regularidad y una certeza en el éxito que no se turbó ni un momento, la mision de verdugo que habia recibido el pueblo del Capitolio. La conquista romana es para el mundo el sello de la venganza divina.

Sin embargo, si la venganza estaba satisfecha por este castigo de los pueblos, la justicia no lo estaba completamente. Era necesario que los vencidos sufriesen y fuesen castigados duramente; era mejor para ellos la esclavitud, y la esclavitud por el hierro, que una disolucion completa, la cual no hubiera dejado más que cadáveres sobre la tierra. ¿Pero hubiera sido justo que Roma, no ménos culpable, apro-

(1) Plutarco. En una historia particular de Roma, sería necesario hacer notar cuidadosamente el papel que desempeñaron ciertas familias, en las cuales parece transmitirse hereditariamente un continuado designio; podria citarse sobre todo la *gens Cornelia*, á quien se acusa desde las guerras púnicas de aspirar á la dominacion, que arrebatan bien pronto los Gracos por los cuidados de Cornelia, y en fin, llega á la dictadura perpétua con Sila.



vechára para sus crímenes los crímenes del universo? ¿Los reinos, los imperios y las repúblicas están unidos al carro de los triunfadores únicamente para satisfaccion de la ciudad de Rómulo? Al mismo tiempo, por encima de estos acontecimientos, se ejecuta un gran designio, la unidad de un mundo al cual desciende una nueva fe, ¿y por esto la iniquidad al servicio del cielo será perdonada, protegida, recompensada? El gobierno providencial no procede así del mal al bien, ni del bien al mal por una generacion imposible. Castigando el mal por el mal mismo que lleva en sí su ruina, Dios deja algunas veces que los acontecimientos desenvuelvan hasta el fin, hasta la muerte, sus funestas, pero necesarias consecuencias, y entónces se manifiesta y renueva todo.

De este modo la justicia eterna castigaba la corrupcion antigua del Oriente y del Occidente por la espada de Roma, y al mismo tiempo la conquista introducía en la ciudad los azotes de vicios, de tiranía, de combates civiles, que á su vez tambien la minaron. Poco tiempo ha sido suficiente para conseguir todos estos resultados; en cincuenta años está casi acabada la conquista, y en seguida comienzan las discordias, las revoluciones y las matanzas. Desde entónces los terribles desastres pesan igualmente sobre los vencedores y sobre los vencidos, y la espada de la guerra interior arrebató á los unos, del mismo modo que las armas de la invasion degollaron á los otros. Dios, despues de haber entregado las provincias á

los romanos, entrega los romanos á sí mismos, y vuelven su fuerza destructora contra su propia existencia.

Véase, pues, lo que sucede. La aristocracia del senado ha dirigido las guerras que han sometido el mundo, y es natural que la aristocracia sea la primera atacada. Violentas reacciones estallan contra ella; los caballeros, la plebe, los italianos levantan la cabeza contra su yugo y le hacen astillas. Despues todos los principios, ó más bien todos los intereses, se chocan, combaten y aniquilan. En el país de la legalidad, acaban por ventilarse las contiendas, en los campos con las águilas y las lanzas de los legionarios; y al mismo tiempo no se señalan ya lúego las revueltas por matanzas pasajeras y del momento, sino por vastas, sangrientas y regulares proscripciones. De este modo obró la aristocracia y la democracia bajo Mario y Sila, si es posible hablar de aristocracia y de democracia, cuando semejantes partidos se resúmen y personifican en tales hombres.

Todo esto conduce inevitablemente á este grande y prodigioso desprecio de la humanidad que resalta así en la vida como en la muerte del dictador perpétuo. La dictadura, es decir, el derecho de vida y de muerte sin responsabilidad, sin razon ni pretexto, no respondiendo de sus actos más que á sí mismo; hé aquí el último término del poder romano, y este poder en los tiempos antiguos no reconocía tampoco sobre él el tribunal de Dios, porque «Dios no moraba en ninguna parte sobre la tierra pagana.»